MANDALA

Taller Literario

Angela Fuquen

PRESENTACIÓN

Mandala taller literario, es un refugio creativo donde escribir se convierte en un acto de liberación y conexión. En cada sesión nos cuestionamos, nos arriesgamos y nos encontramos a través de las palabras.

Angela Fuquen presenta como resultado de su participación en el taller, una serie de textos literarios llenos de frescura y autenticidad. Cada palabra es un reflejo de su voz única, ofreciéndonos una perspectiva original e íntima. Estos textos no solo capturan la esencia de su talento, sino que también nos invitan a explorar su visión del mundo, rica en emociones y matices, en el que cada historia o poema es una promesa de lo que está por venir.

Ha sido un honor para mi, acompañarla en este viaje de creación literaria. Gracias Angela por tu confianza, compromiso y acompañamiento.

MANDALA
TALLER LITERARIO

JUSTINE
HERNÁNDEZ

Angela Fuquen

(1990) Colombiana nacida en el municipio de Tunja-Boyacá. Matemática por casualidad, aventurera por necesidad y amante de la vida y la naturaleza por elección.

Escribo para liberar mi interior, para verbalizar mi sentir y compartir lo que mis ojos no son capaces de decir.

Quiero aportar con mi investigación a la conservación de los ecosistemas marinos.

ÍNDICE

ESCAPE INTERNO

LA PUERTA DE CRISTAL

MARCAS EN LA PIEL

MUERTE

PROBLEMA ABIERTO

ESCAPE INTERNO

El aire se siente pesado, vuelve la sensación que siempre trato de evitar, pero cada vez me acompaña más seguido. Apoderándose de mi conciencia, la ansiedad ataca de nuevo. Cientos de voces en mi cabeza hablan al mismo tiempo, me juzgan, reclaman su poder sobre mí. Veo una imagen deformada en el espejo que me hace encoger los hombros y me llena de angustia.

Huyendo salgo de la casa, corro rápidamente sintiendo la sangre subir a mi cabeza. Sudan mis manos, siento miedo...

¿Alguien me sigue? Volteo, no hay nadie. ¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

Trato de buscar algo conocido que me devuelva a la realidad, quizás algún lugar, una señal, ¿un árbol?

No lo sé. No sé qué quiero encontrar, no sé a dónde quiero llegar.

Me detengo.

Respiro...

No me calmo.

Respiro otra vez...

La niebla en mis ojos se disuelve un poco.

Otra vez me sudan las manos. Las voces gritan al tiempo que ya no puedo escapar. Es demasiado tarde para mí. Me siento agotada, rendida, estoy cansada de buscar nada. Solo quiero encontrarme y ver mi rostro.

Corro otra vez, más rápido, más rápido, más rápido...

Caigo de rodillas, vencida, exhausta, aniquilada.

De repente todo está en silencio. Nunca lo había experimentado, vivido, oído. En mi mente siempre se escucharon voces.

Esta nueva sensación es insoportable, siento terror, como si algo me quemara dentro ¡Ay de mí! Ahora quiero recuperar las voces, las miles de voces en mi mente. No me importa si me reprochan o me hacen sentir mal. No quiero esta quietud. Esta paz me abruma, es demasiada tranquilidad para mi alma en agonía, ¿Qué hago? Quiero escapar de mí, necesito dejarme ir. Cierro los ojos y trato de imaginarme cayendo en un abismo profundo, obligándome a soñar un sueño sin calma y sin recuerdos.

¡Quiero salir de este vacío!

-Cierra los ojos y oblígate a dormir, para ya no despertar, para dejar de sentir y ya nunca más sentirte.

Ángela Fuquen

LA PUERTA DE CRISTAL

Ha pasado un mes desde la muerte de su abuelita. Patricia extraña su presencia, le habría gustado que fuera eterna, pero sabe que los seres humanos no gozan de ese privilegio. Ahora su abuelito vive sólo. Le gusta ir a visitarlo, aunque ahora es más callado que de costumbre. Es amable y la trata con cariño, pero su cara no logra ocultar la gran tristeza que le dejó la partida de su querida Gloria.

Patricia está en su habitación alistándose para dormir. Aunque la habitación es algo chica para su gusto, tiene todas las cosas que ella necesita: un librero pequeño que le construyeron entre su abuelo y su papá, un escritorio de madera con el espacio justo para sentarse a escribir, el ropero cuyas puertas están llenas de stickers y afiches de su banda favorita y su cama. Sobre su almohada se encuentra el muñeco de crochet que su abuelita le tejió cuando cumplió 8 años, es un oso pequeño de color café con un corbatín blanco en el cuello. Mientras lo mira, escucha que su mamá la llama.

—¡Patricia, prepara tus cosas, vamos para donde tu abuelo!
—¿Ahora?
—Sí.

Lo primero que piensa es que ocurre algo grave, toma su chaqueta, su celular y baja las escaleras corriendo.

—¿Le pasó algo a mi abuelito?
—No, sólo vamos a visitarlo.
—¿A esta hora?
—Sí. Hace ocho días que no lo vemos.

Mira a su mamá con incredulidad, luego ve que el reloj marca las 10:30, estarían en la casa de su abuelo casi a medianoche.

—El abuelo ya debe estar durmiendo.

A su mamá no le importa, al fin de cuentas ella tiene una copia de la llave de la casa de su padre. Patricia está preocupada. Si sus papás no tienen problema con la hora, debe pasar algo con su abuelito y no se lo quieren decir, pero entonces ¿Para que la llevan a su casa?

El camino se hace largo, la oscuridad no permite ver con claridad fuera de las regiones iluminadas por los postes, su padre enciende la radio tratando de romper el silencio, pero luego de pasar por cinco emisoras sin encontrar una de su agrado, decide apagarlo. Patricia empieza a bostezar, tiene sueño, siente los ojos cansados y quiere dormir. El reloj marca las 11:35 cuando llegan a la casa de su abuelo. Se pone la capucha de la chaqueta y sale del carro siguiendo a su mamá. La puerta de vidrio de la entrada alcanza a reflejar una luz que viene del interior.

—Al parecer tu abuelo no se ha dormido.

Su madre inserta la llave, la gira y abre la puerta.

—¿Papá?

Nadie responde. La casa está en silencio. Patricia observa la sala de la casa, los muebles han sido cubiertos con sábanas blancas, como si no estuviera habitada. Los tres suben la escalera y se dirigen al pasillo. Caminan siguiendo la luz. Como suponían, la luz viene de la habitación del abuelo. A medida que se acercan notan que alguien clavó tablas en la puerta de la habitación, como queriendo sellarla.

—¿Papá?

—¿Abuelo?

No obtienen respuesta.

—¿Qué suena? ¿Escuchas eso mamá?
—Sí, son zumbidos.
—¿Serán avispas?
—Son zumbidos de moscas.

El padre de Patricia se acerca y de un empujón fuerte logra abrir la puerta.

—¡Qué alegría verla doña Gloria! —Exclama el padre de Patricia— Ya estábamos preocupados al ver que no respondían.

El corazón de Patricia empieza a palpitar con fuerza, siente como si los latidos salieran de su garganta. Se asoma rápidamente. En el borde de la cama se encuentra su abuelito con una gran sonrisa y la piyama cubierta de una masa de lodo. Patricia baja la mirada y nota que bajo sus pies también hay lodo. Todo el piso de la habitación está cubierto de esa mezcla de tierra con agua que además tiene mal olor. Un leve mareo la obliga a recargarse contra el marco de la puerta, se siente asqueada, sus manos empiezan a sudar, levanta la mirada y la ve...

Acostada en la cama está su abuelita, un centenar de moscas revolotean alrededor. Quiere gritar pero no puede, observa a sus papás, que están conversando tranquilamente con su abuelito, como si no tuviera importancia lo que sucede. Está paralizada, no puede mover ninguna parte de su cuerpo, el sudor se desliza por su frente, apenas se escucha que emite un leve sollozo, cuando de repente un sonido lejano se le hace familiar.

—¡Patricia, vas a llegar tarde al colegio!

Ángela Fuquen

MARCAS EN LA PIEL

Me gusta mucho lijar mi pupitre, todas mis amigas se quejan, pero a mí me encanta. Mi mamá me compró lija y laca, lo voy a dejar como nuevo. Me gusta porque me divierte pintar, aunque sea en un sólo color. Sería genial que nos dejaran hacerle dibujos. Yo dibujaría flores, como las que hice en la ventana de mi pieza con la pintura que me sobró del día de las madres, ¡lástima que mi mamá me las hiciera borrar! o podría hacer un árbol con muchas hojas verdes, como los que hay en la casa de mi tía. Si nos dejaran hacer eso, el salón se vería más bonito, así se ve muy aburrido. También me gusta porque eso quiere decir que ya casi salimos de vacaciones y como todos los años, me voy para el campo con mis tíos. Mi mamá ya me dio permiso para ir, a pesar de que el año pasado me dijo que no podía por haberme lastimado. Me tocó llorar para convencerla y le prometí que no iba a caminar por entre las cañas cortadas. No sé por qué cortan esas cañas tan feo o como diría Rosita, *feróstico*. Las dejan en diagonal con un machete y queda una punta salida. Una vez le pregunté a mi tía porque las cortaban así y sólo me dijo que porque siempre se ha hecho así.

El año pasado mis tíos sembraron maíz. Como siempre nace harto pasto entre las cañas, las cortan con el machete y amarran las vacas ahí. Mi tía se fue al pueblo con mi tío para misa y nos dejaron en la casa a mi prima y a mí. Yo siempre voy a la loma por las ovejas y a mi prima le toca entrar las vacas al corral. Resulta que por perezosa a mi prima no se le dio la gana de ir por las vacas y me mandó a mí.

Me tocaba entrarlas una por una para que no salieran a correr y me hicieran caer. Primero entré al corral a la Mona, así se llama la vaca de manchas naranjas. Cuando fui por la Pirinola todo se complicó, la porquería no quería caminar y eso que la intenté arrear con el lazo. Jalaba y jalaba y nada que se movía.

Entonces de burra se me dio por ponerme el lazo encima del hombro para poder hacer fuerza con todo mi cuerpo, pero sucedieron cosas terribles, la Pirinola se movió y yo me caí de frente. Mi pierna quedó justo encima de dos cañas que se me enterraron. Sentí un corrientazo que me llegó como a la nuca y cuando me paré me asusté con la sangre que empezó a caer. Fui corriendo a la casa gritando que me había caído, Yudi salió a regañarme por ser chillona, pero cuándo vio la sangre se espantó. Rápidamente fue a la cocina y me llenó la herida con café, según ella para que dejara de sangrar, nunca la vi tan angustiada. Luego se fue a entrar las vacas que faltaban, como deje a la Pirinola suelta, al parecer se escapó porque mi prima se demoró un montón. Al volver me suplicó entre lágrimas que no le dijera a mi tía y me convenció de decirle que estaba jugando y mientras corría me caí.

Cuando llegaron mis tíos la herida había dejado de sangrar, y a pesar de la furia de mi prima les dije la verdad. Me pareció hasta bueno porque mi tía me consintió un montón y regaño a mi prima. No es que me caiga mal, pero no me gusta que me asuste cuando subimos a la loma por las ovejas, además fue culpa de ella, le tocaba entrar las vacas y me mando a mi como siempre.

La costra ya se cayó y quedaron apenas dos líneas en mi pierna, la verdad ni me dolió tanto, a pesar de que se ve grande la cicatriz.

Ya quiero estar de nuevo en el campo trepándome en el árbol del lado de la casa, ayudándole a mi tía a moler el cuchuco, levantándome temprano para que ordeñen la vaca encima de mi pocillo de tinto y yendo al pueblo por los mandados y por mi bonbonbum de fresa intensa. Mientras tanto voy a terminar de arreglar mi pupitre para que me den el paz y salvo y me pueda ir ya para la casa.

Ángela Fuquen

MUERTE

Tan sensual como de costumbre
se acerca lento y hace que me turbe
sus ojos tan negros me hielan el alma
brillan cuando miran mi encorvada espalda

Fugaz se aparece cada que ella quiere
las dos nos deseamos, yo soy su deleite
hablamos de frente, sin trampas ni filtros
recordando lugares y encuentros furtivos

Repaso mi vida, ella solo me mira
le cuento mi historia y ni espabila
le hablo de Marcos, de Fredy y Gustavo
voltea y dice: ¡Me importa un carajo!

Le cambió de tema, le cuento mis penas
que me siento triste, por lo que no hice
se ríe bulliciosa pensara: “¡qué idiota
como si al pensarlo cambiara la hora!”

Mis manos cansadas tiemblan cuando hablo, están ya marchitas de cortar el pasto
y las coyunturas duelen como el diablo.
Tuve cinco hijos y a todos los crié a punta de guarapo, agua de panela y fe
Ya todos muy grandes se fueron de aquí, hicieron sus vidas, se olvidaron de mi.

Entre las cenizas, entre el hollín, entre las vasijas y el viejo adoquín
con mis pobres vacas, sólo queda un par y con mis gallinas que piden maíz
mi vida en cadenas pasa frente a mi, sueños no alcanzados
frustrados, ahogados, todos silenciados de su frenesí.

De nuevo la miro, me hace reir
y entre tanta arruga no logró sentir
le tomo la mano me acompaña a salir
¡Qué suerte que ahora ya nos podamos ir!

Ángela Fuquen

PROBLEMA ABIERTO

Quiero demostrarte...

Demostrarte como un teorema que aún no se escribe.

Demostrarte que integras y derivas, integras mi alma, derivas mi vida.

Demostrarte como un lema importante para probar mis teorías.

Como a un corolario, demostrarte como consecuencia de una proposición.

Demostrarte de forma trivial y complicada.

Demostrarte usando una gráfica en once dimensiones.

Buscando tu existencia y unicidad, demostrarte.

Crear un sistema formal y demostrarte.

Demostrarte con silogismo lógico.

Demostrarte como una contradicción a mi instinto.

Y aunque por el teorema de Gödel no seas demostrable, insistir incansable en resolverte como a un problema abierto que nadie se atreve a investigar.

Ángela Fuquen

JUSTINE HERNÁNDEZ. COORDINADORA

Justine Hernández, (1980) originaria de La Paz Baja California Sur, escribe desde que tiene memoria, por necesidad, porque no ha encontrado otra forma de encontrarse, de esconderse y de estar. Maestra en Desarrollo Humano y Social, egresada del Diplomado en Creación Literaria por la SOGEM.

Ha publicado cuentos y poemas en diferentes antologías, periódicos y revistas, en los estados de Guanajuato, Colima y Ciudad de México. Fundadora del Taller Literario para mujeres Mandala. Justine, ha reunido su poesía erótica femenina en "Rumoroso Delta", libro publicado por la Editorial De otro tipo en el 2014.

Autora seleccionada en la convocatoria internacional abierta de poesía, del colectivo Cartonera Mandrágora Sexta Edición 2020 y Autora Seleccionada en la Antología Versas y diversas, muestra de poesía lésbica mexicana contemporánea, de la Universidad Autónoma de Aguascalientes en 2020.

MANDALA

Taller Literario